

FERNANDO RODRÍGUEZ MIAJA

# **EL FINAL DE LA GUERRA CIVIL**

**Al lado del general Miaja**

Prólogo de  
José Luis García Delgado

Marcial Pons Historia  
El Colegio de México  
2015

# Índice

	<u>Pág.</u>
Prólogo a esta edición, <i>José Luis García Delgado</i> .....	15
Presentación, <i>Fernando Serrano Migallón</i> .....	17
Nota preliminar .....	27
Proemio .....	29
La guerra.....	39
El exilio.....	93
Aclaraciones y rectificaciones .....	115
Anecdótico y otras cosas.....	185
Epílogo.....	213
Ilustraciones.....	239
Apéndice.....	287
<i>Fechas señaladas de la actuación del general Miaja en la guerra de España</i> .....	289
<i>Cronología de los principales acontecimientos en los últimos meses de la guerra de España</i> .....	291
Documentos .....	295
Agradecimientos.....	363

## Prólogo a esta edición

*Es una excelente iniciativa publicar este libro en España, facilitando así su conocimiento a lectores y estudiosos. La pulcra edición que de ella hizo en 2013 El Colegio de México no ha conseguido aquí la proyección que merecen las importantes novedades que aporta sobre pasajes cruciales del tiempo que el autor contempla. Estamos, pues, ante un discreto —en el mejor de sus sentidos: lo que es digno de aprecio sin necesidad de ruido, de excesos— y feliz acontecimiento editorial.*

*Tres partes claramente diferenciadas estructuran el contenido de la obra. En la primera, de corte narrativo, el autor ofrece un testimonio personal valiosísimo sobre episodios clave de la guerra civil y el exilio republicano. Valgan, a título de ejemplo, las páginas dedicadas a los primeros días de noviembre de 1936, y la salida de Madrid de Largo Caballero, a la sazón presidente del Consejo y ministro de la Guerra, o las que cuentan con bastante minuciosidad lo que sucede en Madrid en el agónico mes de marzo de 1939. El gusto por la precisión de Rodríguez Miaja al abordar esos intrincados recodos históricos es sencillamente ejemplar. Con buena pluma, destaca enseguida su esfuerzo por decir lo fundamental sin ambages ni equívocos, con una más que notable capacidad a la hora de la caracterización de los protagonistas (Casado y Negrín, entre otros) y también de personajes que pueden considerarse «secundarios» (el caso de Valentín González, «El Campesino», de Julián Zugazagoitia, de Vicente Uribe, o del propio general Rojo). Me parecen igualmente valiosísimas las páginas que recogen los pormenores de la salida del España del general Miaja y el azaroso recorrido inicial de quienes con él se exilian: magnífico testimonio directo, personal, vivido.*

*La segunda parte («Aclaraciones y rectificaciones»), complementaria a lo antes narrado, le sirve al autor para desvelar errores deslizados repetidamente en conocidas obras sobre los temas tratados, y por autores no menores, ciertamente, ya que se trata de Paul Preston y Ricardo de la Cierva, de Hugh Thomas y Ángel Viñas, de Pierre Brové y Elena Garro, y de algunos más. Se vuelve a revelar ahí afán de precisión, que no es, en el caso de Rodríguez Miaja, sino afán de verdad. Con elegancia —nutrida de ironía no agresiva— pero con firmeza, el autor contribuye a clarificar un buen número de situaciones y hechos relevantes.*

*La tercera parte, en fin, es la que contiene apéndices y documentos. Los primeros sirven para fijar calendarios y cronologías. Los segundos incorporan textos de gran entidad histórica, tanto los oficiales como los privados, tanto los administrativos como los epistolares. Una magnífica aportación documental, en gran parte hasta ahora no conocida o muy poco utilizada.*

*No es el autor un historiador profesional, como él mismo advierte de partida, pero hace gala en su obra de las virtudes que son exigibles a los mejores del oficio: gusto por el detalle, datación exacta de los hechos, ánimo de ponderación, escritura fluida. El libro constituye una sobresaliente contribución al más trágico capítulo de la historia española contemporánea: ¡qué estremecedoras son, al respecto, las citas de Mola, Queipo de Llano y Franco que le sirven a Rodríguez Miaja para abrir el volumen!*

*Firmar estas breves líneas prologales me procura, por todo ello, una gran satisfacción. Me dan ocasión de advertir la calidad de la obra y de expresar, una vez más, mi admiración por su autor, ejemplo de fortaleza de espíritu y de coraje cívico, de laboriosidad y de honradez, de determinación y de lealtad.*

Madrid, febrero de 2015

José Luis GARCÍA DELGADO

## Presentación

Existe una vieja canción republicana que los miembros del exilio español conocen bien. «El Madrid de Noviembre» retrata, más que el sufrimiento, el espíritu del pueblo madrileño asediado por los ejércitos rebeldes; en su letra hay dos frases que a pesar de los años martillan la conciencia de quien la escucha. La canción dice: «No nacieron esclavos los madrileños...» y, casi al final, «Madrid ya libre del miedo, del mundo, ciudad inmortal». La épica defensa de Madrid ha sido inspiración de cientos y miles de páginas en las últimas décadas; el sufrimiento de su pueblo y su irredenta fe en la victoria, aun en las peores circunstancias, así como el honor y la dignidad en la derrota, marcan las pautas del final de la guerra civil.

Alguien que, sin duda, cantó esa canción más de una vez fue Fernando Rodríguez Miaja. Sobrino y yerno de José Miaja Menant, heroico defensor de Madrid, permaneció al lado del general en los momentos más terribles de la insurrección que dio fin a la Segunda República Española. Rodríguez Miaja era un muchacho de diecinueve años cuando estalló la guerra y tenía apenas veintidós cuando la derrota lo expulsó al exilio. Este libro es el testimonio de su fidelidad y lealtad a la legalidad, a la institucionalidad, a los ideales de la democracia y a un hombre excepcional por su estatura heroica.

El siglo xx fue pródigo en esos ejemplos terribles que no quisieramos volver a presenciar: la vida en los guetos en que fueron confinados millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial, y que trataban, pese a todo, de llevar una vida «normal», por llamarla de algún modo, ahuyentando los fantasmas del terror y de la muerte; el sitio de Madrid, en que los combatientes salían por las mañanas a

tomar el tranvía que los llevaba a las proximidades del campo de batalla para volver —los que tenían suerte— por la noche, en el mismo transporte, para comentar con los amigos las incidencias del día y maldormir protegiendo a la familia durante la guerra, en que se libraban dos luchas: la guerra militar en las afueras y la lucha ideológica en los principales barrios; momento extraño y glorioso en que mujeres y hombres de todas las condiciones compusieron un gigantesco cuerpo militar articulado; muchos jamás habían visto antes un radiotransmisor, nunca habían empuñado un arma y nunca habían tenido que obedecer órdenes, pero defendieron calle por calle, barrio por barrio, su libertad de vivir y su anhelo de permanecer.

Rodríguez Miaja es un narrador asimismo excepcional, que se esfuma frente a los hechos, que conserva la grandeza de Miaja, pero no la hace marmórea sino profundamente humana. Sus memorias dejan de ser suyas desde apenas las primeras páginas para volverse la memoria de un colectivo humano y, más que eso, de un ser grandioso que se llamó Madrid y que se convirtió en símbolo de la voluntad de sus habitantes.

Entre los epígrafes con los que Rodríguez Miaja comienza la narración de aquellos tres años terribles, 1936-1939, hay uno que destaca por su carácter revelador; en una entrevista que en julio de 1936 hace el periodista Jay Allen, del *Chicago Daily Tribune*, a Francisco Franco, éste declaró que tanto ellos como el gobierno republicano luchaban por España y que estaba resuelto a lograrlo a cualquier precio; interpelado por el periodista en el sentido de que podría tener que matar a media España, Franco respondió: «He dicho que a cualquier precio». Rodríguez, en esa adolescencia hecha vida adulta entre bombardeos, sabía que estaba viviendo un momento cruel pero privilegiado de la historia, que se trataba no de un golpe de Estado tradicional, sino que estaba frente a un momento decisivo de la historia en el que se definiría, tal vez finalmente, la identidad de España. Es probable que por la magnitud del momento el narrador se difumine frente a los hechos y frente a su significado; él mismo se reduce a una voz para no ocupar espacio con su materialidad:

«A pesar de que estas líneas fueron redactadas básicamente para el círculo de mis íntimos, me apresuro a declarar a otras personas que no soy historiador ni literato, por lo que estarían de más todas las críticas que pudieran hacerse sobre la falta de metodología e ila-

ción, monstruosidades literarias o cualquier otro defecto, que de antemano acepto».

Al recordar, Rodríguez Miaja no quiere escribir un libro de historia, no quiere hacer una novela; lo que desea es dar rienda suelta al caudal enorme que guarda el alma de un sobreviviente, de un protagonista que ha mirado de frente a la muerte y a la libertad, a la violencia y a la grandeza, da voz a los hechos que nunca debían haber sucedido y que, sin embargo, se quedan en su memoria y su personalidad para siempre.

El hecho es interesante: tómese en cuenta que alguien que hubiera nacido en 1932 tendría hoy ochenta años y habría pasado sus primeros años, de los que ya se pueden tener memoria consciente, durante el sitio de Madrid; en el lapso de veinte años se habrán marchado todos los que vivieron aquel momento. Entonces, el paradigma *recuerdo para no olvidar* deberá cambiar por *aprendo para poder recordar*; entonces, los documentos de primera mano habrán cerrado su ciclo y se mantendrá por mucho tiempo más el de los glosadores y los analistas, de quienes hemos decidido, por una y mil razones, compartir ese recuerdo, desmenuzarlo y ofrecerlo, si no como lección de vida, sí como ejemplo de grandeza y, aunque digamos muchas y muy grandes cosas sobre aquellos días, nada podrá alcanzar la llana pureza de una narración como ésta sobre los bombardeos de Barcelona:

«Una noche sonaron las sirenas de alarma contra los bombardeos y los aviones franquistas empezaron a arrojar su carga de bombas sobre el puerto, su objetivo favorito, sobre todo cuando había algún barco descargando combustible. Mi tía, por los sufrimientos que había padecido durante la guerra y que seguía padeciendo, se ponía muy nerviosa ante el riesgo de perder al último de sus hijos, lo que lamentablemente sucedió, de muerte natural, antes de que ella falleciera. Acompañada de mi primo Pepe bajó apresuradamente al refugio, pero yo seguí durmiendo porque el puerto, objetivo principal que estaban bombardeando aquella noche, estaba muy lejos, además de que en aquel tiempo yo trataba de dormir todas las horas que tuviera oportunidad».

El mismo Rodríguez Miaja declaró alguna vez a un diario que uno puede habituarse a todo, incluso a la guerra, y es este sentido común bélico lo que da carácter a este memorial de un hombre frente a su

circunstancia, de un país frente a su tragedia. Rodríguez Miaja huye de la grandilocuencia y del ejercicio discursivo, narra con la calidad del testimonio, pero también con la frescura no de los tiempos que acumuló el recuerdo sino de la novedad de la edad que tenía cuando sucedieron; al fin y al cabo, mezcladas e indiferenciadas, estas memorias restituyen el tiempo de la España en pugna, pero también el del adolescente haciéndose hombre a paso veloz y el del español en un momento álgido de su vida y de la vida de su pueblo. Y es que, en el fondo, casi sin quererlo, Rodríguez Miaja escribe dos libros en el cuerpo de uno: el de sus memorias y, como una extrapolación, como las sombras que dejaban los palimpsestos medievales —en los que se podía leer entre líneas el texto que se había escrito anteriormente y que se había borrado para dejar limpio el pergamino para un nuevo uso—, en el que narra las incidencias políticas y analiza la situación que le correspondió testificar como ciudadano; así, en tiempos separados pero concomitantes, las memorias van del pasado lejano al próximo siempre unidas por el significado. Dice Rodríguez Miaja:

«Muerto el general don José Sanjurjo en Portugal, en un accidente de aviación cuando se dirigía a España para ponerse al frente de los militares sublevados, éstos constituyeron el 24 de julio de 1936 una Junta de Defensa Nacional con todos los poderes del Estado, con sede en Burgos, presidida por el general don Miguel Cabanellas, considerado por todo el mundo como francmasón. Cabanellas entregó el poder el 1 de octubre del mismo año al general Francisco Franco, quien ejerció el mando como dictador hasta su muerte el 20 de noviembre de 1975, ya sin la presencia de Sanjurjo y del general don Emilio Mola, fallecido éste también en un accidente de aviación durante la guerra y de quien se pensaba que hubiera podido hacerle sombra por sus características personales y su valía como militar».

Son estos cambios en la tonalidad de la narración los que muestran la tensión a que está sometido el memorialista que quiere recordar, que quiere que sea oída su memoria que, al final, es su verdad y es su identidad, pero al mismo tiempo requiere exhibir las credenciales mínimas de información que permitan situar su narración en el enorme océano de la historia. Rodríguez Miaja resuelve esa tensión con elegancia y precisión, como si fuera apenas un elemento más para convocar, en cada momento, el espíritu de su tiempo y la fuerza de su recuerdo, y es que el verdadero Rodríguez está en los párrafos donde



se descubre como humano frente al hecho que lo supera y que lo envuelve. Hablando de su condición de fumador, dice:

«En aquel tiempo yo fumaba, y cuando estallaba un conflicto, una huelga, un motín o algo por el estilo —lo que sucedía cada vez con mayor frecuencia—, procuraba, al igual que todos los fumadores, abastecerme de tabaco para dos o tres días, pues este producto escaseaba en cuanto se producía algún disturbio de alguna importancia.

Al iniciarse el movimiento en Madrid el 18 de julio comprendí, como la mayoría de los españoles, que los sucesos que se habían producido desde el triunfo del izquierdista Frente Popular en las elecciones celebradas el 16 de febrero de aquel año, y por lo que se había venido anunciando, que se trataba de algo más serio que lo que habíamos padecido desde hacía meses, y por ello decidí adquirir una cantidad mayor de tabaco, por si la anormalidad se prolongaba más que en ocasiones anteriores: ¡me abastecí para una semana! Nadie pensaba en aquellos días que el conflicto derivaría en una guerra tan prolongada y terrible como la que hubimos que sufrir. Por mala que los sublevados consideraran la situación en España, no creo que alguien pudiera justificar haber desatado tal hecatombe para tratar presuntamente de mejorarla».

He ahí al joven que habría de enfrentar una guerra; un chico de diecinueve años que se abastece de cigarrillos por una semana por si las cosas marchan mal, entiéndase que sacrifica su ahorro para tratar de mantener el aire de normalidad en un momento en que nada parece normal, pero también el español que no comprende que alguien, por perverso o violento que fuera, tuviera la idea de lanzarse a la casi destrucción de un país con el pretexto de solucionar sus problemas. He ahí también al Rodríguez Miaja de cuerpo entero, al testigo con todos sus elementos, el miedo y la esperanza, la razón y la sinrazón —como diría Cervantes— de un instante en que el mundo se apresuraba a cambiar de rumbo como pocas veces ha ocurrido en la historia.

Por ello no puede olvidarse la doble naturaleza de este texto, la de memoria personal, a veces personalísima, y la de un testimonio de guerra. Y es precisamente en ese extremo donde caemos en cuenta que para los exiliados la guerra no terminó nunca y la militancia tampoco, que el hecho de haber tenido que resolver su conflicto íntimo —el hecho cruel de que no siempre triunfa quien tiene la razón— habría de pesarles en el alma aun lejos de su tierra; por eso, sin necesi-

dad de mayor análisis, sino con la potencia del recuerdo, Rodríguez sabe bien por qué se perdió la guerra y quiénes fueron los verdaderos artífices del triunfo de la rebelión: «para mí está claro que si no se hubiera producido la descarada y decidida ayuda militar de Alemania e Italia la sublevación hubiera sido sofocada, como lo habían sido otros intentos, con más o menos pérdidas de vida, pero en un plazo no demasiado largo...». Y al paso de los años, lejos de la tierra, con la patria y el recuerdo auestas, el exiliado debe abrirse un lugar en el mundo, un lugar limpio y honorable como lo es su ideal, por eso se defiende y argumenta en favor de su idea y su actuación cuando el mundo ha seguido girando y el tiempo narrado va oscureciéndose para dejar de ser recuerdo y volverse historia; de ahí que, respecto de la espiral de violencia que desató la guerra, el secretario personal del general Miaja recuerda:

«Yo viví aquellos días en Madrid, y por lo tanto no conocí en forma directa lo sucedido en la zona ocupada por los militares sublevados, pero no es un secreto lo ocurrido allí. Detenciones y fusilamientos a granel —algunos después de juicios sumarísimos, verdadera farsa trágica en la que el acusado no tenía ni oportunidad de defensa—, asesinatos por doquier, y todo ello por el delito de simpatizar con el régimen republicano, pertenecer a la masonería o haber ocupado cargos de responsabilidad en sindicatos, partidos de izquierda o dependencias del gobierno legal de la República.

La gran diferencia es que los crímenes en nuestra zona fueron cometidos por individuos sin ningún control y sin que el gobierno contara con los medios coercitivos para impedirlos. En la zona contraria los crímenes fueron cometidos por la autoridad que se sublevó y por las personas “educadas” y “gente bien” que apoyaban la sublevación y se constituyeron en poder supremo y absoluto; es decir, precisamente por aquellos que moral y “legalmente” estaban obligados a evitarlos y a mantener el orden del que siempre habían alardeado, y para lo que contaban con toda la autoridad y elementos necesarios. Pero optaron por el terror y la venganza».

Es este drama humano el que permea todo el memorial de Rodríguez Miaja, el dolor de la contradicción y la dimensión universal del conflicto; debe decirse, además, que es éste el punto central de la que podríamos considerar la segunda generación de los narradores de la guerra, de los cuentistas y novelistas que en las décadas que vienen

desde la de 1980 se han dado a la tarea de reconstruir aquel pasado para que no sea olvidado y pueda ser comprendido, historias como *La lengua de las mariposas* de Manuel Rivas, *El corazón helado* de Almudena Grandes o *El jinete polaco* de Antonio Muñoz Molina. Y es que, cuando acontece el final del día, este ciclo histórico se cierra y las memorias de los testigos sirven de elementos para los narradores del hoy y del mañana.

Acaso habría que descubrir una tercera narrativa en el texto del autor. A las memorias de guerra y al análisis de los hechos habría todavía que sumar la memoria del exilio, y es ahí donde ocurre una transformación importante: el humor aparece por primera vez, la narración se distiende un poco y trata de explicar el presente de Rodríguez Miaja. Ya no es la respuesta a la pregunta, ¿qué fue esto que nos sucedió? ni a la otra ¿cómo es que esto fue posible?, sino a una mucho más personal y cercana, ¿qué o quién es éste que soy ahora? Mírese por ejemplo este hecho singular:

«Barcas y yo también confraternizamos con un viejo, panadero, que había emigrado de Alicante, su lugar natal, y que ya hablaba el español con cierta dificultad. Sus hijos, uno de los cuales servía en la Marina de Guerra, no entendían una sola palabra de nuestro idioma. Este panadero tenía a su servicio una mora que se cubría el rostro con un velo blanco que, de acuerdo con la costumbre de la región, sólo le dejaba al descubierto un ojo, a diferencia de otros lugares de Argelia donde se le veían los dos. El ojo de aquella mujer nos parecía precioso, pero jamás nos permitía verle el rostro. Un día entramos en la cocina y ella, descuidada, llevaba la cara descubierta: no recordaba yo haber visto una mujer tan horrorosa en mi vida».

Como si el recuerdo del fin del peligro bélico, por muy negro que pareciera el futuro, llevara luz y esperanza a quienes se adentraban en una travesía que les iba a tomar —a la gran mayoría— el resto de su vida, Rodríguez Miaja asume su condición de exiliado como la de un aventurero de la existencia, lanzado a tierras lejanas pero esperanzado en reconstruirse y rehacerse a partir de lo que no han podido quitarle, la voluntad y la libertad. Y es que en México encontró destino y fortuna, una vida nueva y un lugar para rearmar su memoria. Rodríguez Miaja cierra sus memorias, que no su libro, con una declaración de gratitud y esperanza, tanto para el general Cárdenas como

para México y también para el hombre que moldeó su carácter a través de un ejemplo heroico:

«Lo demás forma parte de la nueva vida que a partir de entonces emprendimos en nuestra segunda patria, gracias a la generosidad del presidente Cárdenas y del pueblo mexicano.

Mi tío vivió sus últimos años y murió en una modesta casa marcada con el número 38 A de la calle de Monclova, de la Colonia Roma Sur, anexa a la que habitaba yo con mi familia. El día 13 de enero de 1958, sin ver cumplido su deseo de que España recobrara su libertad, el general Miaja falleció en la capital de este país que nos había abierto sus puertas, dándonos la oportunidad de rehacer nuestras vidas, en un ambiente de libertad que habíamos perdido después de haber luchado tenazmente por ella. La prensa española dio a conocer la noticia del fallecimiento del general Miaja mediante un escueto boletín que decía así:

“Méjico, 14. El general José Miaja, que dirigió las tropas rojas contra las nacionales durante la Cruzada española de Liberación, ha muerto hoy en esta ciudad a consecuencia de un ataque al corazón. Contaba ochenta años de edad. En los círculos bien informados se dice que se hallaba profundamente trastornado desde hacía cuatro años, en que murió inesperadamente su esposa. EFE”».

Cerrado el libro de memorias, Rodríguez Miaja finalmente hace su recuento con la historia, con los detractores de sus ideas y con los que pretendieron desdibujar la figura del general Miaja y de la República. Una parte de «Aclaraciones y rectificaciones» constituye su alegato histórico contra la reconstrucción interesada de los vencedores y de quienes pretendieron crear la leyenda negra republicana; opone el derecho del testigo frente a la aspiración del narrador y se apega a lo que vio y vivió como garantía de veracidad y en el fondo también dimensiona en el campo de los hechos lo que significaban los ideales republicanos y el precio que muchos miles tuvieron que pagar por detentarlos y defenderlos. Otra sección, denominada «Anecdótico y otras cosas», descubre al autor emocional, al chico que se jugaba la vida todos los días a lado de su inolvidable tío y, sin quererlo, forma una pequeña novela de entregas en la que se distingue tanto el valor como el idealismo inocente de quien las circunstancias pusieron en una situación límite y que, sin embargo, supo vivirla como un día más en el que se apuesta todo

y se gana siempre al continuar con vida. Llama la atención la siguiente anécdota:

«Con la experiencia adquirida a causa de tantos ataques de la artillería sobre la ciudad de Madrid nos quedamos en las escaleras de la estación, observando cuánto tardaban en hacer fuego las piezas que componían la batería que disparaba sobre el punto próximo a nosotros, y cuánto en ser cargadas y en hacer fuego nuevamente. Cuando habíamos sacado las conclusiones necesarias, esperamos en el arranque de la escalera a escuchar el estallido del último cañonazo de la batería, y en ese momento salimos los dos disparados, cada uno a nuestro destino, considerando que si corríamos a toda velocidad teníamos tiempo de llegar antes de que la batería quedara cargada de nuevo e hiciera fuego. Cuando llegué jadeante a la puerta del Ministerio y logré traspasarla un proyectil explotó en la Puerta del Sol, cerca de donde yo estaba».

Un par de apéndices más, de carácter historiográfico, dedicados ya más bien a la memoria del general Miaja, culminan este volumen singular, excepcional por la calidad de su narrador y por los hechos que cuenta; singular también por su honestidad y limpieza, por su llana narración sin pretensiones y por su sentido profundamente humano que lo hace, desde luego, ciertamente universal.

Hoy, cuando en todo el ámbito de la lengua española estamos revalorando los hechos, las instituciones y las circunstancias que rodearon la instauración, vida y final de la Segunda República Española, las memorias de Rodríguez Miaja no sólo contribuyen a reconstruir aquel pasado cada vez más lejano, sino a comprender cómo la historia, aun en sus momentos más duros y álgidos, la hacen seres humanos cuya memoria se vuelve un material precioso.

Fernando SERRANO MIGALLÓN

## Nota preliminar

Un sabio de la antigüedad, no recuerdo quién, recomendaba que para escribir un libro se dispusiera de siete cajones, en los que se le debía guardar para releerlo por periodos consecutivos y hacer las correcciones necesarias después de cada lectura. Sólo así, decía, después de siete correcciones, se podía aspirar a haber escrito algo aceptable. Desde luego yo no seguí este consejo en la primera edición de mi libro, y ahí están las consecuencias de no haber utilizado siquiera un primer cajón.

No lo volví a leer más que para consultar alguna fecha o dato, pues al haber plasmado en sus páginas los recuerdos que conservaba principalmente en mi memoria olvidé algunos de ellos, ya que seguramente en el subconsciente me sentí liberado de la obligación de mantenerlos vivos.

Transcurrido el tiempo no faltó quien me insistiera para que publicara una segunda edición. El final de la guerra civil española fue el acontecimiento más controvertido de la contienda; lo inesperado y rápido del desarrollo de lo ocurrido aquellos días hace que todo haya sido muy confuso y hasta contradictorio, y su análisis muy difícil e incluso en muchos casos falto de objetividad. Quizá valga la pena que yo, el único sobreviviente de las muy pocas personas que estuvimos al lado del general Miaja durante aquellos días, exponga de la manera más amplia posible lo sucedido en tan graves momentos, y de lo que fui testigo.

Además, pensé que lo que pudiera tener verdadero interés de *Testimonios y remembranzas* era la publicación de ciertos documentos que eran inéditos y cuyos originales se pueden consultar en el Ar-

chivo de Indianos-Museo de la Emigración en Colombres (Asturias). Dudo que haya algún documento importante relativo al final de la guerra, aparte de los pocos que yo saqué de España.

Algunos de estos documentos fueron reproducidos en la primera edición en tamaño excesivamente pequeño. Es ésta una ocasión para publicarlos en un tamaño más adecuado, junto con una transcripción que facilite su lectura, y al mismo tiempo aprovechar para hacer ciertas correcciones y añadir algo que pueda haber quedado en el tintero, así como comentar lo escrito por algunos autores después de la publicación de la edición anterior, no siempre apegado a la realidad. He aquí la razón para una segunda edición del libro.

México, DF, 2012